

sándose en una pieza teatral de Paul Zindel —que se representará malamente en Madrid hace dos temporadas—, convertida en guión por Alvin Sargent (autor de excelentes "scripts", como los de "Yo vigilo el camino", de Frankheimer, y "Luna de papel", de Bogdanovich), Newman recrea un mundo cerrado y mediocre donde la insatisfacción y la falta de perspectivas constituyen reglas dominantes. Mediante un estilo minuciosamente realista, que conjuga con una especial sensibilidad en el tratamiento de sus personajes, el actor de "Dulce pájaro de juventud", "Harper", "El juez de la horca" o tantas otras destacadas películas norteamericanas, sabe transmitirnos el conjunto de relaciones que genera tal microcosmos, adscribiéndose a toda una tradición de la narrativa estadounidense que englobaría los nombres de Arthur Miller, William Inge, Tennessee Williams o Elia Kazan.

Porque más incluso que ese análisis de un protagonista femenino, lo que valora "Los efectos de los rayos gamma sobre las margaritas" es su capacidad para mostrar la cerrazón de unas circunstancias vitales ante las que una huida de tipo alienante aparece como único escape. Si en Beatrice Hunsdorfer (la madre, en una interpretación de Joanne Woodward que le valió con toda justicia el premio a la mejor actriz en el Festival de Cannes de 1973) esa huida se manifiesta en unos sueños de grandeza a la que habría de conducirle la realización de unos proyectos nunca llevados a cabo, en sus dos hijas (Matilda y Ruth, encarnadas —respectivamente— por la propia hija del matrimonio Newman y por la del también actor Eli Wallach) va a tener una concreción distinta, pero del mismo signo: frente a una realidad tan gris e inhumana como la que soportan cotidianamente, Matilda se refugia en un mundo científico, dominable racionalmente, donde se contempla al hombre como resultado de todo un orden cósmico y se vislumbra la posibilidad de una mutación radical que transforme el orden conocido; Ruth, por su parte, es víctima de una epilepsia que le conduce fuera de sí misma y de su entorno cuando le sobrevienen los ataques, mientras que diariamente se aferra a unas dis-

tracciones evasivas que le hacen olvidar durante unas horas lo que detesta y odia, y muy especialmente la arbitraria dominación de su madre.

Huida y alienación que creo necesario subrayar porque, aquí y allá, se ha manejado una interpretación de "Los efectos de los rayos gamma sobre las margaritas" que entiendo va abiertamente en contra de sus propósitos: es la que situaría al film en la órbita de los "valores humanos", según la cual lo que en él se demuestra es que hasta en las peores situaciones puede surgir un ser capaz de superarlas (Matilda, en este caso), de elevarse por encima de ellas para su "realización personal" como ejemplificación de la conocida idea de "la flor naciendo en el estercolero"... Falsa interpretación, digo, porque Newman insiste reiteradamente —sobre todo en la espléndida secuencia final, con una Matilda destrozada por la muerte de su conejo y el ridículo que su madre acaba de hacer ante sus compañeros y profesores, mientras su voz en "off" repite las conclusiones de la comunicación científica que ha presentado, titulada como el film— en el carácter de apartamiento de la realidad que poseen cuantas conductas presenta. Matilda no es una heroína, sino una tráfuga, una exiliada interior. ■ FERNANDO LARA.

"El hombre que pudo ser rey"

Cada nueva película de John Huston vuelve a insistir en las líneas fundamentales de su carrera (de una carrera que, a la altura de más de treinta películas, puede considerarse maestra). En "El hombre que puso ser rey", último de sus títulos hasta el momento, vuelven a encontrarse esos personajes marginados capaces de hipotecar su vida por una entelequia, por la búsqueda de un tesoro o una verdad ocultos que les permita —según ellos— romper con las ataduras de su vida anterior. En su aventura, estos clásicos personajes acabarán perdiendo la vida no por un forzado sentido morali-



"El hombre que pudo ser rey", de John Huston.

zante como por una especie de fatalismo que condena a vivir a cada hombre, según Huston, en busca constante de su identidad. Búsqueda vital que da auténtico sentido a las aventuras maratónicas de cada uno de esos personajes (y recordemos los protagonistas de "El halcón maltés", "El tesoro de Sierra Madre" —con la que la película que nos ocupa tiene más de un punto de contacto—, "La Reina de África", "Moby Dick", "Vidas rebeldes" o "La carta del Kremlin"). El fatalismo de la muerte como el fracaso de la aventura forman parte del feroz pesimismo de Huston: pesimismo entendido como fracaso de la vida ante la irreversibilidad de la muerte. De ahí que sus personajes sean contemplados con una mirada irónica y amarga: la de quien conoce el resultado de la aventura que observa, pero que no puede resistirse a su fascinación.

"El hombre que pudo ser Rey" retoma estas constantes para distorsionarlas ya en descargada clave de humor (latente, por otra parte, en muchas otras películas de Huston). Humor al que ayuda el origen literario de la obra filmada, de Rudyard Kipling, al identificar a los personajes habituales en dos miembros del Ejército colonizador inglés y hacerles creer que su eficacia profesional o su privilegio

"racial" puede hacerles superar cualquier enfrentamiento con la ingenuidad de una tribu primitiva.

Ese tono de humor ha hecho creer a muchos que estamos ante "una obra menor", y, sin embargo, aquí se encuentran, con fidelidad admirable, las viejas y constantes valoraciones de Huston. No hay traición ante ningún planteamiento previo. Lo que sí aparece es, en primer grado, la diversión del propio director ante su héroe. La fábula infantil que se narra y la personalidad de dos actores, espléndidos —Michael Caine y Sean Connery, fundamentalmente el primero—, posibilitan el aire de juego que respira toda la película. No sería extraño que Huston, lejos de intenciones trascendentales, se tome a sí mismo con menos seriedad (lo que en ningún momento discute la "calidad" del producto cinematográfico que se ofrece) o que, por otra parte, se busque en la repetición de sus esquemas la comunicación inmediata con los seguidores.

La "minoría" de esta obra no trasciende, de cualquier forma, la discusión de "especializados". "El hombre que pudo ser rey" es una divertida y, más que eso, pesimista y personal aventura sobre la aventura nuestra de cada día. ■ DIEGO GALAN.